

Carta de Argentina

De libros y ecología

Jorge Andrade

La última dictadura militar de la Argentina se distinguió de las anteriores en la ferocidad de sus métodos para acallar la disidencia. Tuvo otra peculiaridad, que fue la de no inspirarse en los tradicionales proyectos político-económicos declaratoriamente nacionalistas de todas las anteriores sino la de declararse desenfadadamente neoliberal. En 1976, el ministro de economía del gobierno *de facto*, José Alfredo Martínez de Hoz, se convirtió en un adelantado de la política desindustrializadora del país, ya que no se puede hablar de una reconversión al estilo de la realizada en España, sino de un desmantelamiento dirigido a la primarización de la economía argentina. Una regresión, en definitiva. El ministro cayó y la dictadura también, esta última no sólo por obra de Margaret Thatcher y su férreo e impiadoso estilo de conducción de la guerra de las Malvinas, sino por los errores propios que debilitaron los apoyos que habían dado pie al golpe de Estado.

La política económica que se trató de implantar en 1976 con un éxito a medias, el de la devastación de lo existente, no logró sin embargo alcanzar su último objetivo, el de colocar al país en el mercado mundial como productor de materias primas. La posta fue recibida por el presidente Menem, que haciendo gala de gran travestismo político, pasó del populismo distributivo de su discurso, que le valió el apoyo de los votos populares, a la más férrea ortodoxia financiera. Como consecuencia de sus medidas logró yugular la hiperinflación, aumentó las exportaciones de productos primarios y obtuvo un éxito moderado en el esfuerzo por modernizar el aparato productivo nacional; eso sí, pensado éste para diez millones de habitantes, de modo que los otros veinticinco han sido arrojados sin contemplaciones por la borda del Arca.

Pero volviendo a la última dictadura militar, me refería a ella en relación con la violencia que empleó en la represión, hasta el punto de que esta característica se convirtió en un rasgo cualitativo que la diferencia de las anteriores. No obstante tuvo muchas afinidades con todos los gobiernos militares que en el mundo han sido, y en particular hay que subrayar su vocación por las obras faraónicas.

Uno de sus proyectos más ambiciosos fue el de la traza de varias autopistas elevadas que debían cruzar la ciudad de Buenos Aires en todos los sentidos. Sólo se terminó una, que la atraviesa de Este a Oeste y que da una idea cabal de que la rápida y oportuna quiebra económica del gobierno salvó parcialmente a la ciudad de Buenos Aires. El espectáculo de barrios tradicionales divididos, arrasados, abandonados y repoblados por las ratas, la basura y los excluidos del modelo económico, muestran con el ejemplo lo que la mentalidad obtusa de los gobernantes militares y de sus asesores, apoyada en la codicia de los que veían en el proyecto desafortunado posibilidades inmensas de obtener ganancias fáciles, se negaba a admitir. Los urbanistas de los países más avanzados que el mío sabían desde mucho antes que esta clase de autopistas tiene un efecto desarticulador del tejido de la ciudad.

Otro de los megaemprendimientos militares fue el de la construcción de un pólder en el Río de la Plata, frente a la avenida Costanera Sur de la ciudad. La intención era hacer pasar por allí la autopista costera y desarrollar una operación urbanística fuertemente especulativa. Los trabajos se iniciaron en 1978 con el levantamiento de la muralla de contención exterior y continuaron a lo largo de cuatro años con el rellenado de los terrenos.

Las obras languidecieron por falta de financiación y por la progresiva pérdida de energías de un gobierno fracasado que habría de recibir su golpe de gracia con el desastre militar de las Malvinas. El resultado fue que los sucesores democráticos del régimen militar recibieron, junto con un país expoliado y en quiebra, unos terrenos agrestes al borde del río, a unos pocos centenares de metros de la Bolsa de Comercio, en plena *City porteña*.

Lo extraordinario del hecho no reside en el afloramiento, donde antes había agua, de unas tierras baldías por el aborto de un proyecto especulativo, ni tampoco en el fracaso mismo del sueño megalómano, como han quedado trancos o abandonados tantos otros delirios de gobernantes mesiánicos. Lo extraordinario consiste en que la democracia heredó de la dictadura no unos terrenos yermos rellenos de material de desecho, sino una isla de diez kilómetros de perímetro donde se han reproducido a escala, de manera espontánea, todas las especies de la flora y la fauna originales de la cuenca del Plata. El abandono dio lugar al nacimiento de un enclave que repite el hábitat natural que encontró en 1536 Pedro de Mendoza, cuando fundó la primera ciudad de Buenos Aires.

Al borde de esta ciudad que fue el sueño perdido de un París austral que se convirtió en la realidad de un Estambul sin mezquitas a orillas del Río de la Plata, paradigma de la decadencia, urbe en ruinas reconstruida con sus

propios escombros por un arquitecto chapucero, crecen los bosques de sauces y alisos, se extienden lagunas, bañados y pastizales poblados de cisnes, garzas, gallaretas, caraús, caranchos, ipecas, biguás, sirirís y muchas otras especies de aves autóctonas y migratorias que han convertido el nuevo espacio natural en estación de tránsito en sus viajes anuales. Bagres y tarariras, de carne apreciada que no pueden pescarse, nadan en las lagunas. Ranas del zarzal viven en los humedales. Hay coipos roedores, gigantes lagartos overos, víboras yarará, venenosas y agresivas: los primeros mostrándose confiadamente a los visitantes, las últimas deslizándose entre las matas sin temor a los humanos que deben pasear ojo avizor y ser conducidos por los guías.

Ya en época del presidente Alfonsín se declaró la zona reserva ecológica, de modo que no puede realizarse ninguna obra que atente contra el entorno natural. Se han abierto pistas para peatones y bicicletas: un par de edificios de madera albergan los servicios administrativos y una sala para exposiciones, conciertos y actuaciones teatrales, para cuyas actividades hay también un pequeño escenario al aire libre.

Aquéllos que como yo visitan la Reserva para correr, marchar o simplemente pasear, se encuentran en medio del espectáculo insólito de unos bosques y una fauna de especies desconocidas a diez minutos apenas de distancia a pie del centro de la ciudad, con el Río de la Plata como un mar a un lado y al otro la *skyline* de Buenos Aires, al alcance de la mano parece, pero sin que los ruidos y la contaminación lleguen a este paraíso natural que se hizo a sí mismo, a contrapelo de las intenciones aviesas de los hombres.

Hoy, la Reserva Ecológica Costanera Sur está consolidada en el ánimo de sus usuarios, que han constituido asociaciones de defensa contra los periódicos embates de los omnipresentes especuladores privados y públicos que no remiten en su intención de mutilarla, construir en ella rascacielos, cruzarla por autopistas, embaldosarla, asfaltarla para franquear el paso a los urbanistas sin piernas que sólo son capaces de moverse dentro de sus jaulas de lata.

Cuando camino a través del silencio de la vegetación, sólo quebrado por el grito de los pájaros y el rumor del oleaje del río agitado por los vientos que corren sin obstáculos por su gran espacio abierto, viendo atravesar las sendas a los impasibles lagartos overos, adivinando el siseo de las amenazantes yararás entre el follaje, destella ante mí un pantallazo del futuro. Imagino un mundo despoblado de hombres. Esqueletos negros de ciudades abandonadas, chatarra de automóviles en calles silenciosas, pantallas de ordenadores apagadas para siempre en oficinas desiertas. Una civilización

que se destruyó a sí misma. Y entre los restos, pujante, la naturaleza, arrasándolo todo, cubriéndolo todo, recomponiéndolo todo, con tanto vigor como para que un día impreciso de los siglos que vendrán otra vez una célula animal, y después un organismo complejo y por fin de nuevo la materia que empieza a reflexionar sobre sí misma, para repetir la historia o, quizás, esta vez, en la encrucijada, ser capaz de elegir el camino de la supervivencia.

En el mes de mayo se celebró la 24 edición de la Feria del Libro de la ciudad de Buenos Aires. Más de un millón de visitantes pagó su entrada para visitar las casetas de editoriales, librerías, organismos oficiales y organizaciones no gubernamentales, y para asistir a los centenares de actos culturales en los que participaron personalidades locales y extranjeras del mundo intelectual. Las cifras de ventas, de acuerdo a organizadores y librereros, son halagüeñas, y crecen como el número de visitantes en cada edición de la feria. Una encuesta realizada por estas fechas señala que, en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, una de cada tres personas admite que no lee ningún libro en todo el año. La mitad de los encuestados (49%) lee entre uno y cuatro, y sólo un 18% lee más de cuatro, en la región con el nivel cultural presumiblemente más alto del país. Sobre estas cifras, que demuestran una escasez de lectores que no coincide con el aparente éxito de la feria, hay diversas opiniones de los directamente afectados, es decir los escritores. Mempo Giardinelli echa la culpa a la televisión y al bajo nivel de sus programas. Marcos Aguinis se queja de la complicidad de padres y docentes que, por razones económicas, han creado la «cultura de la fotocopia» en niños y adolescentes que llegan a adultos sin haber tenido nunca un libro en sus manos. Marco Denevi, el más optimista, descrea de las estadísticas y asegura que de haberlas habido treinta años atrás, cuando Argentina presumía de ser un país culto, los resultados habrían sido similares. Si se me pidiera mi parecer preferiría no emitir una opinión generalizadora y me remitiría a los indicios que aportan las observaciones personales. Treinta años atrás, cuando viajaba en autobuses y metros, veía libros entre las manos de numerosos pasajeros; incluso en las de aquellos que hacían equilibrio de pie, en los inestables y veloces «colectivos». Hoy sigo viajando como entonces; leen pocas personas y las que leen, si son mujeres, leen revistas del corazón, y si son hombres, el deportivo cotidiano, frecuencia desconocida para esta especie gráfica en aquellos tiempos míticos de la cultura nacional, cuando apenas se disponía de un par de semanarios del género. En resumen, buenas ventas, pocos lectores –¿libros objeto?– característica que no parece ser exclusiva de Argentina sino más bien un signo propio de estos tiempos iconográficos, globalizantes, uniformadores.